

EL CONCEPTO DE ARTES LIBERALES A FINES DE LA REPÚBLICA ROMANA¹

INTRODUCCIÓN

Cuando hablamos de conocimiento técnico en la Antigüedad no nos referimos únicamente a las técnicas en el sentido con que utilizamos este término en la actualidad, es decir, en relación con el mundo de la tecnología. En general, se entendía por técnica cualquier saber que partiendo de una base teórica tenía como finalidad una aplicación práctica. Un conocimiento técnico era la arquitectura, pero también lo eran los oficios artesanales como la zapatería o la alfarería, o la propia instrucción militar que entre los griegos era impartida por los *hoplomáchoi*, instructores que cumplían el mismo papel que los maestros en las demás disciplinas.² Sobre este tipo de saberes, que recibían el nombre de *téchne* en griego y de *ars* en latín, tenemos muchas referencias literarias, sobre todo en lo que respecta al mundo heleno, donde la especulación filosófica tomó en consideración el conocimiento humano y reflexionó en profundidad sobre las *téchnai*.³ Es más difícil, sin embargo, encontrar algún estudio sobre la concepción de la técnica en el mundo romano, en parte, sin duda, porque los propios protagonistas apenas si dejaron por

¹ El presente artículo tiene su origen en un trabajo de doctorado, «El descubrimiento de la teoría en Roma», presentado en el departamento de Historia Antigua de la Universidad Complutense y dirigido por la profesora Estela García Fernández, a la que agradezco su apoyo y orientación académica. Estoy en deuda igualmente con el profesor Francisco García Jurado por las recomendaciones bibliográficas, la lectura atenta tanto del trabajo como del artículo en diversas ocasiones y sus comentarios, que han enriquecido el texto. No obstante, cualquier posible error es responsabilidad de la autora.

² E. L. Wheeler, «The *Hoplomachoi* and Vegetius's Spartan Drillmaster», *Chiron*, 13, 1983, pp. 1-20.

³ M. Isnardi Parente, *Téchne. Momenti del pensiero greco da Platone a Epicuro*, Florencia, La nuova Italia, 1966; S. Mas *Téchne. Un estudio sobre la concepción de la técnica en la Grecia clásica*, Madrid, UNED, 1995.

escrito sus impresiones sobre el tema. Pero no es tampoco cierto que carezcamos por completo de información al respecto. Por ello, el presente artículo trata de ser una contribución al estudio del conocimiento técnico en el mundo latino.

Nuestro objetivo será, por tanto, analizar el concepto de *ars* que encontramos en la literatura latina de fines de la República. Es entonces cuando el término comienza a reflejar la idea de conocimiento técnico, como consecuencia de un mayor contacto lingüístico y cultural con Grecia. Nos hemos centrado sobre todo en tres tratados retóricos, en parte porque es en una de estas obras donde encontramos la mención más antigua de *ars* en esta acepción, pero en particular porque en ellas se discute sobre las características de la retórica como *ars*, lo que nos da la oportunidad de observar las novedades que implica este tipo de conocimiento. Dos de estas obras pertenecen a Cicerón, el autor romano que mayor dedicación prestó a la oratoria. La de mayor relevancia es el *De Oratore*, tratado en tres libros, redactado en forma de diálogo, que escribió en el 55 a.C. La segunda se conoce con el título *De Inventione*. Se trata de un escrito de juventud centrado sobre la invención, la primera de las cinco partes en las que los griegos dividieron la retórica, publicado seguramente a principios de los 80 a.C. Debe considerarse, por lo tanto, una obra inconclusa de la cual el propio autor renegó más adelante al considerarla un trabajo infantil.⁴ Por último, la *Rhetorica ad Herennium*, que debió de ver la luz entre el 86 y el 82 a.C., es una obra completa de retórica cuyo autor desconocemos. Se ha especulado, no obstante, con la posibilidad de que su creador fuera un tal Cornificio, que aparece citado en Quintiliano,⁵ pero al no haber modo de verificar esta autoría suele considerarse un tratado anónimo.

Teniendo como base estos tres tratados intentaremos observar de qué modo la voz *ars* amplió su espectro semántico al convertirse en la traducción del término griego *techné*, y en qué puntos manifiesta una evolución propia dentro de la lengua latina que lo diferencia de este concepto. Para ello, en primer lugar estableceremos el origen de *ars* y sus primeras acepciones (1). Analizaremos después las condiciones en las que se produjo el calco semántico (2) y a conti-

⁴ *de orat.* 1, 23.

⁵ G. Calboli en la introducción a su edición de la *Rhetorica ad Herennium*, Bolonia, Pàtron, 1993, pp. 4-10.

nuación expondremos los aspectos más relevantes de la nueva acepción de *ars*; su dimensión docente (3) y su relación con los términos referentes a la teoría (4) y la naturaleza (5). Nuestro enfoque se basa en un análisis de semántica estructural a través del cual hemos tratado de comprender el vocablo a partir de las relaciones de oposición y similitud con otros términos. Asimismo hemos intentado ponerlo en relación con el contexto educativo del momento en el que *ars* desempeña un papel decisivo. Las consecuencias históricas de este fenómeno, que pueden producir un replanteamiento del proceso de helenización de Roma, han sido analizadas en otro lugar.⁶

I. LOS ORÍGENES DE TÉRMINO ARS. DE «CUALIDAD» A «ACTIVIDAD PROFESIONAL»

El término *ars*⁷ tiene un origen lejano en la lengua latina y una interesante evolución que lo ha hecho llegar hasta nuestros días.⁸ Se trata de un sustantivo polisémico, formado por una raíz **ar-* y un sufijo **tei-* que en las lenguas indoeuropeas era utilizado para formar un nombre de acción⁹. Los primeros testimonios escritos que conservamos aparecen en el siglo III a.C., en las comedias de Plauto. Pero en estos primeros momentos su significado no tenía nada que ver con la técnica, sino que hacía referencia, más bien, a la habilidad empleada en la vida, al «modo de ser o de actuar» que según el contexto podía adoptar un matiz positivo de «talento» o bien negativo de «artificio», «engaño». Este sentido, que se ha mantenido a lo largo de toda la historia del término, puede verse en Salustio, contemporáneo de los autores de los tratados retóricos:

SAL. *Cat.* 9, 3 (Salustio describe el talante moral de los primeros romanos para oponerlos a las, según él, perniciosas costumbres de su época).

⁶ A. Rodríguez Mayorgas, «El descubrimiento de la teoría en Roma. Nuevas perspectivas sobre la helenización de la República romana», *Gallaecia*, 22, 2003, pp. 507-529.

⁷ El término *ars* no se ha traducido en los ejemplos porque en castellano «arte» se aleja considerablemente del sentido que aquí estamos analizando y cualquiera de las otras posibilidades como «teoría», «sistema» o «método» sólo reflejan un aspecto concreto de su sentido en latín.

⁸ Para ver el paso del término al latín medieval H. Merle, «*Ars*», *Bulletin de la Société Internationale pour l'étude de la Philosophie Médiévale*, 28, 1986, pp. 95-133.

⁹ T. de Mauro, «Per la storia di *ars arte*», *Studi mediolatini e volgari*, 8, 1960, p. 54.

In suppliciis deorum magnifici, domi parci, in amicos fideles erant. Duabus his artibus, audacia in bello, ubi pax euenerat aequitate, seque remque publicam curabant.

Eran espléndidos en el culto de los dioses, parcos en sus propias casas, leales para con los amigos, y con estas dos cualidades, la audacia en la guerra y la equidad en la paz, atendían su propio bien y al de la república.

(trad. J. M. Pabón)

La *audacia* y la *aequitas* eran dos *artes* que Salustio destaca en la personalidad de los primeros romanos, y las dos entran dentro del campo de las cualidades que guían el comportamiento de los seres humanos. A partir de este primer sentido, *ars* siguió una evolución semántica marcada por la determinación. En el siguiente ejemplo vemos cómo ha cambiado el significado:

VAR. L. 5, 93 (Varrón comenta el origen de los nombres de profesiones).

Artificibus maxima causa ars, id est, ab arte medicina ut sit medicus dictus, a sutrina sutor, non a medendo ac suendo, quae omnino ultima huic rei: hae enim earum rerum radices, ut in proximo libro aperietur. Quare quod ab arte artifex dicitur nec multa in eo obscura, relinquam.

El motivo más importante para dar su nombre a los técnicos (*artifices*) fue su propia habilidad; es decir, por su habilidad médica (*ars medicina*) se le aplicó su nombre al médico (*medicus*); de la habilidad zapatera (*ars sutrina*) recibió el suyo el zapatero y no respectivamente, de *mederi* (cuidar) o de *suare* (coser), que en última instancia se remontan a las raíces de estos vocablos, como explicaré en el libro siguiente. Pues bien, como quiera que el técnico (*artifex*) recibe su nombre de su habilidad (*ars*) y en ello apenas hay dificultades, voy a dejar el tema.

(trad. M.-A. Marcos Casquero)

Si comparamos esta cita con la de Salustio podemos observar que el cambio de *ars* se manifiesta como una restricción del objeto designado, que pasa de ser una habilidad en general a ser una habilidad o capacidad profesional, y después, por un proceso de metonimia, denominará el campo específico de aplicación de esa competencia,

es decir, un oficio o una ciencia.¹⁰ Por ello, comienza a sumarse al sustantivo un complemento que especifica ese ámbito. Es en este momento cuando *ars* pasa del campo de la habilidad al del conocimiento, ya que muchas de las actividades que el ser humano realiza y para las que se requiere una destreza especial son también el producto de un aprendizaje, que pronto se convertirá en un estudio concreto. El *ars medicina* o el *ars agricultura* pueden entenderse como la facultad necesaria para practicar la medicina y para cultivar el campo, o bien como el ámbito específico de cada actividad, es decir, la medicina o la agricultura. Los dos sentidos son a veces tan cercanos que no resulta fácil establecer claramente el matiz exacto del término. Sin embargo, el contexto inmediato nos indica que puede entenderse más bien como «actividad». De hecho, por lo que se refiere a la medicina, sabemos que era considerada en Grecia una ciencia (*téchne*) y que ya se conocía como tal en Roma en el siglo I a.C. En cualquier caso, lo que nos interesa destacar de este primer apartado es que parece que, de una manera independiente, el término *ars* pasó de designar una «habilidad» a indicar una «actividad profesional». El siguiente cambio en su significado fue provocado por el contacto con la lengua griega, y es el fruto, por tanto, de un calco semántico del término griego de *téchne*.

II. DE *TÉCHNE* A *ARS*: EL CALCO SEMÁNTICO

Se denomina calco semántico al aumento de la polisemia de un término ya existente como consecuencia exclusiva de la influencia de una palabra extranjera.¹¹ En latín clásico podemos hallar multitud de términos que sufrieron este tipo de interferencia lingüística como, por ejemplo, *ratio* o *natura*, que están estrechamente relacionados con *ars*. Todos ellos cumplen unas mismas características. El calco semántico es realmente un neologismo de sentido que puede pasar fácilmente desapercibido, ya que no requiere la aparición de un signo nuevo, sino

¹⁰ E. Menuet-Guillaud, «*Ars et disciplina*», en C. Moussy (ed.), *Les problèmes de la synonymie en latin, Colloque du Centre Alfred Ernout Université de Paris IV, Lingua Latina 2*, París, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 1994, p. 84.

¹¹ M. Fruyt, «La création lexicale: généralités appliquées au domaine latin», en M. Fruyt y Ch. Nicolas (eds.), *La création lexicale en latin, Actes de la Table Ronde du IXème Colloque International du Linguistique Latine, Lingua Latina 6*, París, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 2000, p. 43.

que supone la existencia de una unidad léxica preexistente, la cual va a adoptar un sentido diferente. Ciertamente no resulta tan complicado detectar el desarrollo semántico de un lexema, lo espinoso es determinar hasta qué punto tal novedad se debe al contacto con otra lengua o más bien a una evolución intralingüística. Sin embargo, existen algunos elementos que pueden indicar esa influencia externa en él.¹²

En primer lugar, es necesario que se observe un sentido base común entre los dos términos relacionados. Sin él no existiría razón alguna por la que el signo latino se convirtiera en receptor de un nuevo sentido. Es precisamente esta base semántica compartida la que facilita la ampliación del espectro designativo. En este caso, *ars* y *téchne* tenían una esfera semántica común, que se compone de dos sentidos: el que hace referencia a la «habilidad» y el que hace referencia a una «profesión/oficio». También es un elemento propicio la existencia de un ambiente bilingüe. El medio social en el que comenzó a utilizarse *ars* en su nuevo sentido fue seguramente el de las escuelas de retórica, dirigidas en muchas ocasiones por maestros griegos. A partir del siglo II a.C. y de forma más clara desde la centuria siguiente se constata en las fuentes que la aristocracia romana no sólo recibía una educación griega sino que tenía por maestros a los gramáticos y rétores griegos.¹³ Estos transmitían los conocimientos en su lengua materna, y se supone, por tanto, que los que atendían a dichas lecciones debían de tener un conocimiento más que somero de la lengua griega. Se suele hablar, por ello, de bilingüismo entre la aristocracia romana de fines de la República.¹⁴ Más dudoso es, sin embargo, que el conocimiento de dicha lengua se extendiera al resto de la población de la Urbe, aunque a veces se ha sostenido tal opinión.¹⁵ El tipo de educación, por tanto, favorecía el dominio de la otra lengua. Pero en el siglo I a.C. comenzaron a adaptarse estas enseñanzas al latín y nacieron así las escuelas latinas de retórica, que conocemos especialmente por el edicto del 92 a.C., en el que se emitía un juicio desfavorable sobre la

¹² C. Nicolas, «Le procédé du calque sémantique», *Cahiers de lexicologie*, 65, 1994, pp. 75-101.

¹³ J. Kaimio, *The Romans and the Greek language*, *Comentationes Humanarum Litterarum* 64, Helsinki, Societas Scientiarum Fennica, 1979; S. F. Bonner, *Education in Ancient Rome*, Londres, Methuen and Co Ltd., 1977.

¹⁴ N. Horsfall sostiene, sin embargo, que se trataría de un conocimiento limitado a algunos aspectos de la lengua («*Doctus sermones utriusque linguae?*», *Echos du monde classique*, 22, 1979, pp. 79-95).

¹⁵ M. Dubuisson, «Problèmes du bilinguisme romain», *Les Etudes Classiques*, 49, 1981, p. 27.

enseñanza en latín.¹⁶ Es a partir de este momento también cuando surgen los tratados de retórica latinos que en un primer momento reflejan la estructura de los manuales griegos. Su origen está probablemente en las notas de clase tomadas a partir de las lecciones de retórica.¹⁷ En estas obras se observa el esfuerzo por presentar en latín los términos técnicos de esta disciplina.

Por lo tanto, contamos con los factores sociolingüísticos que suelen favorecer los procesos de calco semántico. Habría que apuntar, además, que seguramente fue en estas escuelas de retórica de Roma donde comenzó a utilizarse el término *ars* en su sentido de conocimiento técnico como traducción de *téchne*. Cuando por primera vez vemos aparecer la nueva acepción no se presenta como una novedad. Ni al autor anónimo de la *Rhetorica ad Herennium* ni a Cicerón les parece necesario hacer aclaración alguna sobre el significado de *ars*. En ningún momento se especifica que esté traduciendo un término ajeno, ni se muestra la correspondencia entre las dos lenguas del tipo *X quod dicunt Y* o *X quod Graeci apellant Y*.¹⁸ Por el contrario, da la sensación de que tanto el autor como el lector se enfrentan a un término que ya es usual en su lengua. No les plantea ninguna dificultad de comprensión. Esto nos lleva a pensar que el calco semántico se produjo seguramente en el lenguaje oral, como por otra parte suele suceder en este tipo de préstamos, y que cuando aparece por escrito en los años 80 a.C. la nueva acepción estaba bien integrada en el léxico latino, ya que se hace un amplio uso de él y, por otro lado, no muestra ambigüedades o vacilaciones. Veremos a continuación cuál es este nuevo sentido que adopta el término *ars*.

III. LA DIMENSIÓN DOCENTE DE *ARS*

En principio, como apuntábamos más arriba, la nueva acepción de *ars* se relaciona directamente con el campo del conocimiento, y,

¹⁶ La opinión más extendida sostiene que el posible cierre de dichas escuelas estaba influido por las tendencias populares de sus profesores y alumnos; ver J.-M. David, «Promotion civique et droit à la parole: L. Licinius Crassus, les accusateurs et les rhéteurs latins», *Mélanges de l'École Française à Rome*, 91, 1979, pp. 135-181.

¹⁷ G. Kennedy, *The art of rhetoric in the Roman world 300 B.C.-A.C. 300*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1972, p. 112.

¹⁸ Como en *de orat.* 2, 38, 157.

como consecuencia, también con el de la enseñanza. Cualquier *ars* es así susceptible de ser apprehendida mediante el estudio. Podemos atestiguar esto mediante expresiones como la de *artis cognitio* (*de orat.* 1, 41, 185), que hace referencia al proceso de aprendizaje de un *ars*, al final del cual obtenemos un tipo de conocimiento específico; o la de *artis nosse* (*de orat.* 1, 1, 216). Pero, sin duda, el hecho más significativo es la relación de *ars* con los verbos de la educación. En los tratados retóricos encontramos los conceptos de «enseñar» y «aprender» reflejados a través de las formas verbales que aparecen en los siguientes ejemplos:

de orat. 2, 74, 299 (Antonio habla sobre la utilidad de la memoria para el orador)

Ita apud Graecos fertur incredibili quadam magnitudine consilii atque ingenii Atheniensis ille fuisse Themistocles; ad quem quidam doctus homo atque in primis eruditus accessisse dicitur eique artem memoriae (...) pollicitus esse se traditurum.

Así entre los griegos se dice que tuvo una inteligencia y talento fuera de lo normal Temístocles, al cual se cuenta que se acercó cierto hombre docto y especialmente instruido y prometió enseñarle el *ars* de la memoria (...).

de orat. 2, 9, 38 (Antonio sostiene que todas las disciplinas pueden contar con la elocuencia, pero que ésta sólo es propia del orador)

sed, quid cuiusque sit proprium, etsi ex eo iudicari potest, cum videris, quid quaeque doceat, tamen hoc certius esse nihil potest, quam quod omnes artes aliae sine eloquentia suum munus praestare possunt, orator sine ea nomen obtinere suum non potest;

pero, aunque puede juzgarse qué es propio de cada *ars* si se ve qué enseña cada una, sin embargo, hay algo más cierto: que mientras las demás *artes* pueden cumplir su tarea sin la elocuencia, el orador no puede recibir su nombre sin ella.

Aquí los verbos *trado*¹⁹ y *doceo* refieren la idea de «enseñar». El primero de ellos tiene un sentido menos específico, significa en gene-

¹⁹ A. Mª. Martín Rodríguez, *Los verbos de «dar» en latín arcaico y clásico: análisis estructural de un campo semántico*, Las Palmas de Gran Canaria, Universidad de Las Palmas, 1999.

ral «transmitir», «entregar», pero cuando se trata de una disciplina es equivalente a *doceo*, con la diferencia de que este segundo tiene un campo de designación más restringido y está más ligado al ámbito de la educación. La enseñanza de una materia tiene como complemento léxico el aprendizaje por parte de aquellos a los que se enseña. Por ello, los siguientes verbos del aprendizaje también se relacionan semánticamente con *ars*:

de orat. 1, 48, 208 (Antonio recuerda que sus consejos sobre la oratoria están extraídos de su experiencia y no de estudio alguno).

Neque enim sum de arte dicturus, quam numquam didici, sed de mea consuetudine;

pues no voy a hablar acerca de un *ars* que nunca he aprendido, sino de mi costumbre.

de orat. 1, 58, 246 (Antonio bromea sobre la supuesta facilidad del estudio del derecho, que poco antes había defendido enérgicamente Craso)

Nam quod inertiam accusas adolescentium, qui istam artem primum facillimam, non ediscant, quae quam sit facilis, illi viderint, qui eius artis adrogantia, quasi difficillima sit, ita subnixi ambulat.

Y en cuanto a que acusas de perezosos a los jóvenes porque no han aprendido ese *ars*, con mucho el más fácil, que vean qué fácil es aquellos que se pasean con la arrogancia de ese *ars* de tal modo engraidos como si ésta fuera la más difícil.

El verbo *disco*, reforzado en el segundo ejemplo por el preverbo *ex -*, muestra la imagen complementaria de la idea de «enseñar». Dentro de un análisis estructural del léxico,²⁰ el tipo de complementariedad que vemos en estos verbos se denomina causativa. La acción que está reflejada en la carga semántica del primer verbo (*trado*, *doceo*) es la causa del otro (*disco*). Pero *disco* también establece otra relación semántica con otro de los verbos que hemos visto en relación con *ars*. «Aprender» forma parte de un proceso que ter-

²⁰ B. García Hernández, *Semántica estructural y lexemática del verbo*, Barcelona-Reus, Avesta, 1980, pp. 67-75.

mina en «saber» (*nosco*) del que es su resultado, por ello los une una relación secuencial.

<u>verbos causativos</u>	<u>verbos no causativos</u>	<u>verbos no resultativos</u>	<u>verbos resultativos</u>
trado	- disco	disco	- nosco
doceo	- edisco		

Ars aparece de este modo integrada dentro del vocabulario de la educación, y dado que es un tipo de conocimiento transmisible, cuenta con especialistas y profesores que se dedican a su enseñanza. Así constatamos la existencia de *doctores* (*de orat.* 1, 19, 86) y *eruditos* (*de orat.* 1, 42, 191) de algún *ars*, pero sobre todo de *magistri*.

Inv. 1, 35 (Cicerón, hablando de la parte del discurso llamada *confirmatio*, refiere la importancia de valorar el modo de vida y las acciones de las personas)

In victu considerare oportet, apud quem et quo more et cuius arbitratu sit educatus, quos habuerit artium liberalium magistros,

En el modo de vida es oportuno considerar junto a quién, en qué tradición y bajo la dirección de quién fue educado; qué maestros de *artes* liberales ha tenido.

Mientras que el *eruditus* es aquel que ha conseguido salir de la «rudeza», como indica la etimología del verbo *erudio*, y, por tanto, es un conocedor de la materia, los otros dos sustantivos hacen referencia expresa a la enseñanza. El *doctor*, en el contexto de la enseñanza, es el rétor que se gana la vida impartiendo clases de oratoria, sin ser, en muchos casos, un orador profesional. En la República se trataba casi siempre de profesores de origen griego. *Magister*, por el contrario, tiene un significado mucho más vago («el que manda o dirige»). En el campo de la educación el *magister ludi* (a veces también llamado *litterator* o *primus magister*) es la persona encargada de enseñar a los niños a leer y a escribir.²¹ Pero en este contexto de los tratados retóricos se discute de las enseñanzas más elevadas, por lo que hay que entender este sustantivo simplemente como sinónimo de *doctor*.

²¹ H.-J. Marrou, *Historia de la educación en la Antigüedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 366.

Ars es un conocimiento transmisible de profesores a alumnos. Los textos retóricos de la República muestran claramente que las enseñanzas de los profesores griegos giraban en torno a una serie de reglas que debían aplicarse en la práctica. Esas normas habían sido puestas por escrito y circulaban en forma de manual de escuela en escuela. En latín recibían el nombre de *praecepta* o *praeceptio* y eran parte integrante de todo *ars* de modo decisivo. Por ello se habla de *artis praeceptio* (*Rhet. Her.* 3, 24) y de *de arte praecipere* (*de orat.* 3, 31, 122).

de orat. 2, 27, 119 (Antonio considera la importancia de los argumentos para la causa)

Longum est enim nunc me explicare, qua ratione aut confirmare aut infirmare testes, tabulas, quaestiones oporteat. Haec sunt omnia ingenii vel mediocris, exercitationis autem maximae; artem quidem et praecepta dumtaxat hactenus requirunt, ut certis dicendi luminibus orientur.

Mucho tiempo lleva, en efecto, que explique yo ahora mediante qué método, conviene o convalidar o invalidar a los testigos, los documentos y las indagaciones. Todo esto pertenece no a un ingenio mediocre sino a una dilatada práctica: *ars* y preceptos se requieren sólo para ornarlo con ciertas «luces del decir».

La *iunctura* que se establece entre *ars* y *praecepta* nos indica que su significado es muy similar. Resulta complicado hablar de sinónimos en semántica, ya que como han comprobado los semantistas realmente no existe la sinonimia completa. Pero se aprecia una proximidad significativa. Como sucede en otras *iuncturae* estudiadas en la obra de Cicerón,²² el primer término tiene un espectro de designación más amplio que se ve matizado por el segundo. En este caso, la polisemia de *ars* se restringe al de una enseñanza preceptiva. Esta enseñanza preceptiva, que existía en Roma desde la llegada de los profesores griegos, se hacía en su mayor parte a través de manuales en los que se explicaban los preceptos de cada disciplina y se iluminaban con ejemplos. Por ello, los maestros se convertían en

²² J. Lorenzo, «Estudio de algunas «parejas de sinónimos» en Cicerón», *Studia Philologica Salmanticensia (SPHS)*, 1, 1977, pp. 157-176; E. Menuet-Guilbaud *op. cit.* n.10.

ocasiones en *artis scriptores* (*Rhet. Her.* 1, 9), y el propio término *ars* designaba a la vez la disciplina y el manual en el que quedaba consignada por escrito:

Inv. 2, 7 (Cicerón repasa la obra del gran orador Isócrates)

Nam fuit tempore eodem, quo Aristoteles, magnus et nobilis rhetor Isocrates; cuius ipsius quam constet esse artem non invenimus.

En efecto, el ilustre y noble rétor Isócrates vivió en el mismo tiempo que Aristóteles; pero de él mismo no hemos hallado ningún *ars* aunque consta que existió.

IV. TODO *ARS* REQUIERE UN MÉTODO

Las artes, llamadas por los romanos liberales, son, por lo tanto, saberes transmitidos de maestros a alumnos a través de una serie de preceptos que normalmente eran recogidos por escrito en un manual que también recibía el nombre de *ars*. Pero además, de forma insistente, los tratados retóricos nos muestran que todo *ars* debe estar regido por *ratio*.²³ En el campo del conocimiento, que es el que nos interesa, significa «sistema», «método» y «teoría/doctrina» (opuesto siempre a la idea de «práctica»). En los tres casos el sentido deriva de la acepción de «rendición de cuentas», que a su vez lo hace de la idea original de «cálculo». ²⁴ Veamos en primer lugar de qué forma todo *ars* es un sistema.

Rhet. Her. 4, 56 (El autor concluye el tratado recordando a Herenio la necesidad de practicar ejercicios retóricos para llegar a ser un buen orador).

Ergo amplius in arte rhetorica nihil est. Haec omnia adipiscemur, si rationes praeceptiones diligentia consequemur exercitationis.

Así pues, en el *ars* de la retórica no hay nada más. Todas estas cosas las adquirimos, si acompañamos el sistema de preceptos con una diligente ejercitación.

²³ *Ratio* es un término polisémico que sufrió importantes cambios semánticos a fines de la República, cfr. A. Yon Ratio, *et le mots de la famille de reor*, París, Librairie Ancienne Honoré Champion, 1933.

²⁴ Ch. Nicolas, *Utraque lingua. Le calque sémantique: domaine greco-latin*, Lovaina-París, Peeters, 1996, p. 144.

Ya habíamos visto en el primer apartado que el conocimiento que transmitía cualquier *ars* estaba organizado en preceptos (*praeceptio*) pero lo que ahora observamos es que éstos deben tener además una coherencia interna y un orden; en definitiva, deben articularse como un sistema. No se trata, por tanto, de recopilar y almacenar generalizaciones abstractas. Si no están presentadas de forma comprensible de ningún modo favorecen el aprendizaje del alumno y su puesta en práctica. En este ejemplo Craso afirma que eso es todo lo que debe tener un *ars*; por decirlo de algún modo, su esencia. El anónimo autor de la *Rhetorica* también da una definición de *ars* en la que aparece el término *ratio*, pero con un matiz diferente.

Rhet. Her. 1, 2 (El autor abre el tratado con la definición de *ars*).

Ars est praeceptio, quae dat certam viam rationemque dicendi.

Ars es el conjunto de preceptos que proporciona una vía y método seguros al discurso.

En esta ocasión el significado de *ratio* viene determinado por otro sustantivo, *via*. Esta *iunctura* aparece en seis ocasiones en los tres tratados de retórica. La *via*, el camino, pone de manifiesto la idea de canal, de medio. Esta noción de proceso es lo que tiene en común con el sentido de «método» que refleja aquí *ratio*; una yuxtaposición de pasos o acciones que deben realizarse de forma encadenada para poner en práctica un conocimiento. *Via* ofrece una representación visual muy elocuente del sentido de *ratio*. Por lo tanto, *ars* es un conocimiento técnico cuyos preceptos están ordenados de manera coherente y que además ofrece un método con el que poder llevarlo a la práctica. No existe ningún *ars* que no cuente con una *ratio*, que organice el conocimiento y le dé un enfoque práctico y esto no sólo es evidente por las anteriores dos definiciones de las artes en las que se destacan las ideas de «sistema» y «método» sino porque en ocasiones los dos términos son intercambiados por el autor como si se tratase de verdaderos sinónimos,²⁵ aparte de las ocasiones en las que se sustituye el sustantivo *ars dicendi* por el de *ratio dicendi* sin que haya una alteración en su significado más allá de un

²⁵ Véase *de orat.* 1, 42, 187; 2, 35, 147; 2, 38, 160.

énfasis en los aspectos que hemos destacado de este término. Es interesante también señalar las dos ocasiones en las que se produce la *iunctura* de *ars* y *ratio*.

de orat. 3, 7, 26 (Craso reflexiona sobre la unidad del saber y la diversidad de la práctica).

Una est ars ratioque picturae, dissimillique tamen inter se Zeuxis, Aglaophon, Apelles, neque eorum quisquam est, cui quidquam in arte sua deesse videatur.

Uno solo es el *ars* y la técnica de la pintura y, sin embargo, Zeuxis, Aglaofón y Apeles son diferentes entre sí, y a ninguno de ellos parece faltarle nada de su *ars*.

de orat. 3, 50, 195 (Craso considera que existe un sentido innato en el ser humano que le capacita para juzgar los productos de las artes).

Illud autem ne quis admiretur, quonam modo haec vulgus imperitorum in audiendo notet, cum in omni genere tum in hoc ipso magna quaedam est vis incredibilisque naturae. Omnes enim tacito quodam sensu sine ulla arte aut ratione quae sint in artibus ac rationibus recta ac prava diiudicant.

Pero que nadie se pregunte de qué modo la gente inexperta percibe esto (el ritmo) al escuchar, ya que no sólo en este mismo campo sino en todos tiene la naturaleza una fuerza extraordinaria. Pues todos juzgamos, gracias a un sentido inconsciente, lo que es acertado e incorrecto en las *artes* y las técnicas sin poseer *ars* o técnica alguna.

En el primer ejemplo, el numeral *una* y la forma del verbo *est* refuerzan la estrecha relación que hay entre ambos términos. Craso trata de enfatizar de este modo la unidad de la teoría frente a la variedad y diversificación que supone la puesta en práctica de una disciplina. La diferencia entre los tres artistas se aprecia en su estilo propio, en su forma de plasmar los principios de la pintura, unos principios que son idénticos para todos los pintores y que los tres habían recibido en la escuela. De esta forma, *ratio* en este contexto semántico se asimila a *ars* al compartir (y realzar) el sentido de teoría o enseñanza opuesto a la producción o actividad aislada. El segundo ejemplo demuestra igualmente esta correspondencia. Craso

compara dos tipos de observadores que intentan valorar el producto de un *ars*; aquellos que tienen un conocimiento de los principios teóricos y han recibido una enseñanza y aquellos que, sin formación alguna, emiten un juicio. Lo que Craso encuentra sorprendente es la capacidad para juzgar correctamente que tienen los no iniciados en una disciplina (*vulgus imperitorum*) que no tienen *ulla arte aut ratione*. Por lo tanto, ambos términos a la par refieren el conocimiento teórico.²⁶

En resumen, la condición indispensable de toda disciplina que quiera ser considerada un *ars* es contar con un conjunto de preceptos extraídos de la práctica y formulados como una teoría, pero al mismo tiempo debe aparecer en forma de *ratio*, es decir, que el conocimiento de un *ars* ha de estar coherentemente organizado (sistema) y además tiene que ofrecer las pautas oportunas para materializar los contenidos teóricos de este *ars* (método). Nos puede parecer paradójico, en un primer momento, que en un mismo concepto se mezclen sentidos tan distantes como pueden ser los de «teoría» y «método». La razón se encuentra precisamente en el carácter especial de *ars*, ya que se trata de un saber-hacer. Como «saber» cuenta con un contenido teórico alejado de los fenómenos específicos y concretos y se acerca a los saberes especulativos (*scientia*), pero como «hacer» requiere una guía que proporcione las indicaciones pertinentes para llevar a buen fin una actividad determinada. De este modo, *ars* se mantiene entre la teoría y la práctica.

V. EL ALEJAMIENTO DE LA NATURALEZA

En este apartado vamos a poner de relieve un último aspecto del cambio semántico que sufrió *ars* a fines de la República y que terminó por darle un sentido opuesto al que inicialmente manifestaba, ya que, si como veíamos en los primeros textos, se relacionaba con el campo de las habilidades y las capacidades personales, el

²⁶ H. Rackham en su edición (Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, col. Loeb, 1960) ofrece una traducción diferente: *For everybody is able to discriminate between what is right and what wrong in matters of art and proportion by a sort of subconscious instinct, without having any theory of art or proportion of their own*. No compartimos la opinión de Ch. Nicolas (*op. cit.* n. 24), quien afirma que en estas *iuncturae*, el término *ars*, que él traduce por *procédé (artisanal)*, está indicando el aspecto práctico o técnico de un arte o actividad artesanal, frente a la idea de teoría que expresa *ratio*. Más bien nos inclinamos a pensar que ambos sustantivos se refuerzan en una misma dirección semántica.

nuevo sentido de *ars* se opone a las facultades y talento individuales, y a las costumbres de cada uno, como se aprecia en los siguientes ejemplos:

de orat. 2, 41, 175 (Antonio se dispone a argumentar sobre la doctrina de los lugares comunes).

Neque enim nunc id agimus, ut artem aliquam dicendi explicemus, sed ut doctissimis hominibus usus nostri quasi quaedam monita tradamus.

En efecto, lo que vamos a hacer ahora no es explicar algún *ars* de la oratoria sino transmitir ciertos consejos extraídos de nuestra experiencia a unos hombres muy instruidos.

de orat. 1, 49, 214 (Antonio recuerda la figura de Marco Escauro).

Qui quanquam est in dicendo minime contemnendus, prudentia tamen rerum magnarum magis quam dicendi arte, nititur.

Él, aunque no debe ser de ningún modo despreciado como orador, sin embargo, se apoya más en su conocimiento de los asuntos trascendentales que en su *ars* de la oratoria.

En el primer caso se establece una dicotomía entre *ars* y *usus nostri* (en otras ocasiones se utiliza el término *consuetudo*)²⁷ que apunta por un lado a la diferencia entre teoría y práctica, pero también entre lo general y lo particular. El *usus* o la *consuetudo* es algo singular que sólo afecta a una persona y que difiere de unos a otros. Cada orador tiene su *consuetudo*, su manera especial de hacer las cosas, pero eso nada tiene que ver con *ars*, algo universal que es exactamente igual para todos los oradores. Sólo existe un *ars*, y en cambio, hay tantas costumbres como oradores. Ciertamente cualquier *ars* necesita de la práctica continuada para que pueda aplicarse correctamente; sin embargo, la experiencia, aunque sea de toda una vida, no implica directamente la existencia de un *ars*. Por ello, la *prudentia* (sabiduría) también excluye el conocimiento técnico, ya que se trata solamente del resultado de la experiencia de toda una vida. Esta sabiduría en Roma era un dominio exclusivo de adultos,

²⁷ *de orat.* 1, 48, 208.

y propio de los expertos en derecho civil (*iuris prudentia*) o de los grandes generales. Nada de eso era necesario para dominar un *ars*. No requiere edad mínima, pues se basa en el manejo y puesta en práctica de unos simples principios que encapsulan todo el conocimiento que hasta ese momento se ha recogido sobre una actividad concreta. Dicho de otro modo, el trabajo y esfuerzo de los escritores de tratados pone a disposición del alumno toda esa experiencia acumulada por el ser humano que representa la *prudentia*, pero simplificada y razonada.

La capacidad individual es también una característica personal que no depende de la enseñanza de un *ars*. Esta puede únicamente mejorarla.

de orat. 1, 30, 135 (Craso inicia su discurso sobre los requisitos que debe cumplir un orador).

Quare quoniam mihi levius quoddam onus imponitis, neque ex me de oratoris arte, sed de hac mea, quantulacumque est, facultate quaeritis, exponam vobis

Por ello, ya que me imponéis una carga más leve y no me preguntáis por el *ars* del orador sino por esta facultad mía, tan insignificante como es, os expondré

de orat. 2, 41, 175 (Antonio explica en qué consiste la argumentación en los discursos).

Quod autem argumentorum genus cuique causarum generi maxime conveniat, non est artis exquisitae praescribere, sed est mediocris ingenii iudicare.

Por lo que respecta a qué género de argumentos se ajusta más a cada tipo de causa no debe prescribirlo un *ars* distinguido sino juzgarlo un ingenio mediano.

En ambos ejemplos tanto *ingenium* como *facultas* se consideran características opuestas al aprendizaje de un *ars*. De hecho, el primer término deriva de *in-gigno* que significa «inculcar desde el nacimiento», de modo que bajo tal sustantivo se incluye cualquier disposición natural de la persona como el carácter, pero también su inteligencia, y es precisamente de este aspecto del que proviene la idea de *ingenium* en el sentido de talento o don natural para prácti-

car una disciplina. Parece ser que fue en el ámbito de la retórica latina donde se desarrolló más claramente la idea de «genio individual» como opuesto al aprendizaje.²⁸ Al contrario que *facultas*, el *ingenium* no es algo mejorable mediante la práctica, escapa completamente a la acción del ser humano. Pero una y otro tienen en común un aspecto, forman parte del ámbito de la naturaleza.

de orat. 1, 15, 114 (Craso considera que la capacidad de pensar, desarrollar, ornamentar y memorizar un discurso no proviene de ningún *ars*).

*Et si quis est, qui haec putet arte accipi posse, quod falsum est-
praeclare enim se res habeat, si haec accendi, aut commoveri arte
possint; inseri quidem et donari ab arte non possunt omnia; sunt
enim illa dona naturae- ...*

Y si alguien cree que esto puede conseguirse mediante un *ars* (lo cual es falso; admirable sería si se pudiera despertar o animar con un *ars*, pero ciertamente no puede inculcarse y concederse, es un don de la naturaleza) ...

El término *natura*²⁹ tuvo una evolución semántica en latín tan compleja como la de *ars* o *ratio*. Su sentido arcaico era el de «nacimiento», pero en el período clásico hace referencia sobre todo al carácter de la persona cuando se aplica a los seres vivos, y también a la idea de «naturaleza»/«universo» como traducción del griego *physis*. En esta última acepción *natura* representa lo natural en tanto que opuesto a la institución humana, es decir, el orden universal de las cosas que afecta a la vida de las personas pero que está fuera de su alcance el modificarlo. Las palabras de Craso dejan claro que a través de las *artes* podemos alcanzar la excelencia en algunas profesiones, ya que nos enseñan (*inserere et donare*) unos determinados conocimientos. Sin embargo, para él la retórica no puede dominarse si no es gracias a las habilidades (*dona*) que nos ha concedido la naturaleza. La idea de que el fenómeno de las *artes* no comparte las normas de lo natural, de lo que le viene dado al ser humano desde su

²⁸ C. Müller, «Rhétorique de l'*ingenium* et personnalité littéraire», *Emerita*, 69, 2001, p. 321.

²⁹ A. Pellicer, *Natura, étude sémantique et historique du mot latin*, París, Presses Universitaires de France, 1966.

nacimiento, se repite en innumerables ocasiones en los tratados retóricos,³⁰ pero aparece con especial interés en la *Rhetorica ad Herennium*, donde el autor contrapone los adjetivos *naturalis/artificiosa* al hablar del *ars* de la memoria (3, 16). El orador puede contar con una buena capacidad de memorización gracias a una habilidad innata, pero también gracias al estudio de unas reglas mnemotécnicas que tienen como finalidad desarrollar la memoria con la que cuenta todo ser humano. De este modo las *artes* continúan y potencian nuestros dones, ya que en última instancia imitan el funcionamiento de la naturaleza y en ella tienen su origen. Eso afirma el anónimo de la *Rhetorica* (3, 22) y también Cicerón (*de orat.* 3, 51, 197). Por lo tanto, aunque son ámbitos excluyentes, existe entre ellos una relación de dependencia. El origen de *ars* está en la naturaleza; cada *ars* recoge el funcionamiento de la naturaleza, lo sintetiza para que sea inteligible y lo pone a disposición del ser humano.

VI. CONCLUSIONES

Este análisis de las características más importantes de la idea de conocimiento técnico a fines de la República ha puesto de manifiesto la complejidad del término *ars*, que es un reflejo, a su vez, del desarrollo del léxico latino como consecuencia de la evolución de la cultura romana y del contacto con el mundo griego. El cambio más relevante a primera vista es que *ars* comienza a representar un tipo de conocimiento teórico ajeno en principio a Roma, pero que a partir del siglo II a.C. tuvo un gran éxito. La novedad en el campo de la educación va a imponer, por tanto, un cambio en la lengua, pero no mediante un procedimiento azaroso, sino por un mecanismo lógico de atracción de significado que ejerció el término *téchne* al tener una base semántica común con *ars*. De este modo, este término latino pasó de designar las habilidades y la personalidad del ser humano a designar un conocimiento transmisible de maestros a alumnos, que partía de una teoría, pero tenía como finalidad la práctica. El aspecto teórico de todo *ars* se concreta en el conjunto de preceptos (*praeceptionis ratio*) que resumen y abstraen los fenómenos que se producen de forma natural y espontánea a nuestro alrededor. En ese

³⁰ Por ejemplo: *Inv.* 1, 2; *de orat.* 2, 54, 219; 2, 60, 247.

sentido imita la naturaleza y en ella tiene su origen, pero en última instancia es una creación del ser humano, ya que es él quien enuncia de forma sintética los principios teóricos y los organiza en un sistema coherente. Hasta aquí *ars* no se diferencia del conocimiento especulativo (*scientia/episteme*) que busca descubrir el orden del mundo. Sin embargo, su finalidad no está en sí misma sino en el desarrollo de una actividad, lo que hace que la teoría sea también un método de aplicación práctica (*via et ratio*). Aunque en el resultado influyan de forma entremezclada dos elementos, los conocimientos adquiridos y la habilidad de cada uno, indispensable pues se trata de una actividad humana y mejorable mediante una práctica continuada, para los romanos ambos se diferenciaban claramente. En la educación tradicional había primado siempre el segundo de los elementos, la capacidad individual y la práctica continuada. Es a fines de la República cuando va a surgir una nueva concepción de la educación que girará en torno a esta nueva significación de *ars*, que en un primer momento es heredera del mundo griego pero que va a desarrollar un papel diferencial en la cultura romana.

ANA RODRÍGUEZ MAYORGAS
Universidad Complutense